

Recuerdo y aventura de monseñor Luis Irazi

Una vida al servicio de Dios y del hombre - Viejas imágenes en un mundo nuevo - El "fotingo" del misionero - La experiencia colonizadora de "Rio-grande" - Misión cumplida.

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

El mar estaba allí, junto a él —junto a nosotros— cuando volví a verle. No importa que fuese otro rincón oceánico. Que fueran otra playa, otras arenas, otros cocoteros. Era, sin embargo, su mar, compañero inmenso de su larga aventura, teatro de su batalla, eventual horizonte de su nostalgia. Allí volvía a encontrarle, con un fondo de alcatraces, de barcos pesqueros en reposo y canoas inmóviles en la inmovilidad de la bahía. Caía un resistero vertical, quieto y rechinante. Si de pronto soplaban un amago de brisa, su agitación leve traía el rumor y el olor de los aserríos. El pueblo estaba quieto, más allá de su acerada faja de mar, como una salamandra bajo el sol de Dios.

Su señoría apareció a la puerta del palacio, salvó de un solo paso los dos peldaños de granito y llegó a mi lado. Cuando hice el ademán de hincarme de rodillas para besar su anillo de prelado, él me lo impidió con un ademán vivo. Y abrazándome estrechamente, y apartándome luego a la distancia de sus brazos, se quedó mirándome cara a cara, con una sonrisa amplia:

—Nada de besamanos, hombre... Eso faltaría... Su padre Luis de siempre y nada de monseñor.

Entramos cogidos del brazo a su despacho de grandes ventanales sobre el mar. Acababa de instalar los aparatos de aire acondicionado. A la gratitud del ambiente se sumaba ese como leve rumor de colmena de la electricidad refrigerante. Y aparte de esto el silencio canicular de afuera, dormido bajo la siesta.

Y allí estaba, sentado en su silla de mimbre, mi "padre Luis de siempre". El de veinticinco años atrás, en el corredor de la casona misionera

de Punta de Vacas, en 1939, en el golfo de Urabá, junto a la capillita de tablas blanqueadas que tenía en el palomar de la pequeña torre una esquila de bronce en lugar de campana.

El mismo cura de entonces, con su cara huesuda y sus penetrantes ojos que miraban, directos, a través de los lentes claros, montados en aros de plata. El mismo, con su sotana blanca, manchada de grasa lubricante y sus botas impermeabilizadas color de café, manchadas de barro e impregnadas por encima de ese polvillo suave y rubio de los aserrines de carpintería de su taller. Las mismas manos duras, tostadas y fuertes, encallecidas por la garlopa y el machete, en uno de cuyos dedos —el anular de la mano derecha— en lugar de la gema prelatia blanqueaba un anillo de esparadrapo impregnado de mertiolato.

A la sazón —en junio de 1964— era obispo de Tumaco y los territorios litorales del Pacífico, sin dejar de ser aquel joven misionero de treinta y dos años, en cuyo corazón se refugió una vez, para holgarse tranquilizada, mi nostálgica soledad.

VIEJAS IMAGENES EN UN MUNDO NUEVO

Hace cuatro años —después de veintitrés de ausencia— volví por aquellas tierras donde ya en 1938 el padre Luis de Santa Teresita llevaba casi un lustro de apostolado e incorporación de las indiadas silenciosas a la vida civilizada. La vieja casa de la misión Carmelitana, estaba todavía en pie, ruinoso y destartado. Habían construido un buen edificio para el aeropuerto y en la pista de grama aterrizaron dos veces por semana los DC3 de Avianca.

Costaba trabajo localizar sobre la tierra el recuerdo de los caminillos y de los manglares y de los macizos de icaco que cubrían los playones de antaño. Se habían hecho rellenos en los pantanos y muchos de los antiguos canales, a la sombra de los árboles lacustres, estaban cegados. El mar invasor había despuntado el cabo de Punta de Vacas, en cuyo extremo se levantaba la casa de la aduana.

Todo era distinto, casi irreconocible. Pero esa era la tierra que en la cuarta década del siglo fue sometida y despertada de su sueño por aquel joven cura español, venido de Güipuscoa para entregar a los nativos su fe, su iniciativa y su esperanza.

Cuando en febrero de 1939 —incorporado yo al equipo de hombres que iban a emprender la construcción de la carretera de Medellín al golfo, tantos años soñada por Gonzalo Mejía y Camilo C. Restrepo— se iniciaron en el cabo de Punta de Vacas los primeros movimientos de tierra, ya el padre Luis era viejo amigo del mar y la selva. Tenía un internado de noventa niños indígenas venidos de Caimán Viejo, de las orillas del Atrato y del León, de la montañosa jurisdicción de Turbo. Había establecido una escuela de artes y oficios —carpintería, mecánica, herrería, horticultura— y había formado ya, extraídos del más oscuro primitivismo, un centenar de obreros excelentes. Todos ellos llegaron a su tiempo a los talleres y a las

fábricas de Medellín, donde el padre Luis, amigo personal de administradores y gerentes, de gobernadores y ministros, les hallaba siempre ocupación promisoras.

EL "FOTINGO" DEL MISIONERO

El misionero tenía un "fotingo" destartado pero invencible. Se lo había regalado en Medellín su amigo el gobernador Francisco Cardona Santa. Era un camión inverosímil y heroico, traqueteante y saltarín, que no descansaba nunca. Lo utilizaba para el acarreo de maderas para sus trabajos y vituallas para sus indios, desde el desembarcadero de la Punta hasta el terminal del caño del hospital, a lo largo de la playa en tiempos de marea o por entre los matorrales a falta de mejor camino.

El acceso del "fotingo" a la costa urbana, fue hazaña memorable. Llevado a Cartagena por el río Magdalena y el canal del Dique, bajo la mirada constante del sacerdote, corrió su más ardua aventura desde la Ciudad Heroica hasta el atracadero de Punta de Vacas, a bordo de la goleta "Syroma", matrícula de San Andrés, que por dos veces estuvo a punto de naufragar.

Cuando me marché del golfo, hacia fines de 1940, el cacharro automotor de mi amigo seguía saltando por sus habituales caminos. Su ruta era un poco más larga ahora, con la carretera en marcha. Pero cuando volví mucho más tarde por aquellos mundos transformados, llenos de autobuses y de turistas, hubiera querido encontrar sobre un pedestal, allí, a la orilla del mar aquel "forcito" valeroso como recuerdo de una hazaña y memoria de una gesta.

LA EXPERIENCIA COLONIZADORA DE "RIOGRANDE"

Miles y miles de hectáreas abiertas a la producción en las márgenes de los numerosos ríos de la región de Urabá, cubiertas hoy de pastales inmensos, bananeras, arrozales y plantaciones de palma africana, dan testimonio de la riqueza maravillosa de aquella comarca feraz.

Las fundaciones carmelitanas de Riogrande, entre Turbo y Chirogodó —pastos, coqueras, platanares— parecen ahora pequeñas. Pero su creación hace un cuarto de siglo, llevada a cabo con los más precarios medios y en las más difíciles circunstancias de aprovisionamiento, de salubridad, de mano de obra, fue una verdadera proeza. Una de esas obras matrices del hombre, de cuya ejecución arranca la historia.

La llevaron a cabo unos cuantos clérigos sin dinero, sin otro tesoro que la trilogía teologal. Al frente de ellos estaba el padre Luis de Santa Teresita.

MISION CUMPLIDA

El padre Luis —vale decir su señoría ilustrísima Luis Irazi, obispo de Tumaco, padre y maestro de las indiadas, amigo de los negros como su santo paisano Pedro Claver, huésped de las cabañas remotas, pescador de los ríos ignorados, dispensador del pan y la sabiduría, siervo de Cristo

y servidor del hombre— rindió su jornada en noviembre de 1965. El bravo corazón se le detuvo de repente, en medio de una lucha misional que nunca conoció pausa.

Debió morir allí, junto a su gran ventana abierta sobre el mar, en la misma estancia donde lo vi por vez postrera, ya con un poco de ceniza en las sienes. Allí, junto al mar, bajo el rumor de los aserríos y en la quieta presencia de los buquecitos camarones anclados en el puerto. De seguro llevaba aún sobre el delgado cuerpo aquella sotana suya de dril blanco, manchada de grasa lubricante, como una blusa de obrero.

Hace solo dos semanas, de viaje por la costa nariñense, leí una vez más su nombre sobre la piedra definitiva. Lo enterraron bajo los mosaicos de su iglesia diocesana, en Tumaco, muy cerca del altar, en obediencia a su voluntad postrera. Es un feo rectángulo de granito abrigantado que se eleva tres o cuatro pulgadas sobre el suelo. Sobre su pulida loza, se enlaza ingenuamente una guirnalda de flores artificiales.